

la conquista: y por eso dice el Sr. San Miguel en su obra ya citada: ¿Qué puede hacer un ejército invasor en un país donde no ejerce dominación moral de clase alguna, donde ni las batallas, ni las plazas fuertes, ni ejércitos numerosos pueden suministrarle lo que le es absolutamente indispensable, es decir, el consentimiento nacional, donde á cada paso encuentra obstáculos, donde la población en masa le espera en todos puntos con las armas en la mano, donde no están seguros ni sus correos ni comboyes, ni sus destacamentos; donde lo fragoso ó lo pantanoso del terreno, se opone á su movilidad, y donde lo escaso de las subsistencias le pone en la necesidad de aumentar las exacciones, es decir, de alejarle mas y mas las benevolencias de los habitantes?

A estas consideraciones debió añadirse la del carácter, y condicion de las gentes á quienes se iba á hacer la guerra y para que se juzgue de ellas tal cual las difiuen los conocedores y han acreditado los mismos sucesos de Tejas, concluimos este capítulo con la descripción que en lo conducente habíamos comenzado á dar en la última pieza con que completamos el apéndice del tomo. 1º Sigue allí diciéndose: "La raza dominadora (de Tejas), la inglesa, la que lleva el nombre del país &c.

La raza dominadora, la inglesa, es la que lleva el nombre del país y se compone de elementos de no muy subida ley. Los tejanos son hijos de los Estados-Unidos y nietos de los ingleses; pero por consiguiente si se ha dicho con propie-

dad que un norte-americano es un inglés elevado al cuadrado, puede asegurarse aun con mucha mayor exactitud que un tejano es el mismo inglés elevado al cubo. Este carácter orgulloso y turbulento de los ingleses, que sometido al yugo inflexible de la ley y de las costumbres produce en su país tan admirables resultados de orden y de civilización en medio de los desiertos y de los bosques de la América y abandonado á sus solos instintos toma un rumbo bien extraño propio acaso para la solemne lucha que aquí tiene que sostener con la naturaleza; pero que lo hace impacientarse de todo yugo y amar un género de selvática libertad; retrato en que no puede cómodamente reconocerse al original. Si la jóven población de los Estados-Unidos que tan denodada y dichosamente se avanza por los desiertos y los bosques del Oeste, ha de tardar mucho en fundirse de manera que resalten en su fisonomía rasgos marcados de nacionalidad, méditese cuán distante no estará el tiempo en que esta nacionalidad aparezca entre los tejanos, confusa aglomeración de aventureros y desecho de otros pueblos que por acaso se encuentran embarazados en una empresa temeraria, sin conocerse ni sentir simpatías recíprocas, y solo unidos momentáneamente por la evidencia de un gran riesgo comun.

Como el espíritu de un aventurero es el de una vaga é indefinida codicia, la cual no se satisface por un trabajo ordenado sino con ocasion de las vicisitudes del crédito, el agio es la plaga de todo nuevo Estado americano, y señalada-

mente lo es en Tejas, donde por efecto de lo precario de la situacion no puede el ánimo sujetarse á nada que sea legal y regular. Los especuladores en tierras son, pues, una de las primeras notabilidades de aquél país, sus eternas é insaciabiles sanguijuelas, y por bajo de ellos se agita la turba de agiotistas, ó mas bien petardistas en pequeño, á quienes la suerte ha proporcionado un campo menos vasto á la verdad, pero igualmente ruinoso en que ejercitar en toda clase de ramos su talento sutil y fogoso caracter.

La moneda fuerte parece que no se conoce allí, circulando en su lugar el papel del gobiernó ó los bonos de la tesorería á un 70 ó un 80 por 100 de descuento; y no podia menos de ser así en un país en que todo procedimiento se halla falsificado por un órden fantástico de cosas, y en que la imaginacion del hombre rompiendo las trabas de la razon ha querido realizar mágicamente sus sueños de prosperidad y de grandeza. Como este papel carece de crédito fuera del país, los consumos interiores tienen que pagarse con efectos, y ya hemos dicho que por ahora apenas existe otro esportable que algodón.

La tierra se cultiva por medio de esclavos, por cuyo solo hecho la primera y mas noble profesion del hombre se halla condenada á la infamia; y los hábitos que este órden de cosas engendra no pueden menos de ser funestos al órden social todo entero.

Fundar á mediados del siglo XIX una sociedad sobre el trabajo de maldicion del es-

clavo es sobre anacronismo, una especie de frenesí, porque este es un pecado contra Dios y la humanidad que tarde ó temprano tiene que pagarse, y que mientras llega la hora de su total expiacion como en Santo Domingo, ó la menos terrible de las antillas inglesas, la sociedad que lo comete lo redime todos los dias con males físicos y morales de todo género que él hace llover sobre su cabeza. Enhorabuena que una generacion que ha recibido de las pasadas este calamitoso legado, lo tolere y cercene de dia en dia no pudiendo resolverse á suprimirlo porque al fin el método del trabajo, sea el que quiera, es siempre el cimiento sobre que el edificio social se encuentra fundado; pero conquistar hoy un terreno inmenso y privilegiado, y alzarle por todo género de medios con su soberanía, solo por ensayar en él la esclavitud, trasplantándola de un país que se dice libre, y ademas eminentemente cristiano... ¡oh, esto es tentar á Dios!

La raza inglesa, es una raza aparte en medió del universo, una especie de familia judaica en la gran comunidad del género humano; pero sobre todo tiene antipatías pronunciadas con la raza del hombre rojo de la América. Entre ellas no existe punto alguno de contacto, ni basta todo un continente para encerrarlas á ambas: es preciso que la una ú la otra perezcan. Lo sabemos por la historia de la colonizacion inglesa, historia continuada en páginas sangrientas por los dignos hijos de Albion, los ínclitos norte-americanos, y aumentada y mejorada por sus mas

dignos nietos, los tejanos. Nosotros, *los bárbaros hijos* de Cortés y de Pizarro, no hemos *pacado* con los infelices indígenas que encontramos en América para en seguida lanzarlos inhumanamente delante de nosotros como una manada de búfalos, añadiendo á la violencia el escarnio y la mofa mas impía, sino que buenamente les hemos dicho: "vosotros nos obedecereis, porque somos mas fuertes y mas sábios, pero en cambio, viviréis con nosotros bajo la misma ley, y quemareis incienso juntamente con nosotros sobre las aras del Dios del universo, delante de quien, todo es pequeño y debe prosternarse;" y les hemos cumplido nuestra palabra, cuanto ella puede cumplirse entre hombres. Pero los ingleses. . . . Dice un autor de aquella nacion al proponer una medida salvadora precisamente de esas mismas tribus que ocupan los desiertos de Tejas: "¿por ventura la política de Inglaterra para con los indígenas de todos los países por ella descubiertos y conquistados, no ha sido desde los primeros tiempos hasta el dia, una política de esterminio? ¿No ha dimanado de aquí, inmediatamente la introduccion de la esclavitud."

Esta misma infernal política, es la que siguen los nietos en Tejas, y aun si cabe con mayor esageracion. Así las guerras comenzaron ya entre ellos y los indígenas desde el advenimiento del general Austin, fundador de la primera colonia tejana, y desde entonces han continuado creciendo siempre en saña y devastacion, como el torrente en despojos al desplomarse de la

montaña; hasta que en 1839 se decretó una guerra nacional de esterminio contra los cheroquies, una de las tribus mas poderosas que habitan al N. O. de Tejas, entre los 32º lat. N. y el rio Arkansas, para despojarlos de las tierras que les aseguraban las antiguas leyes de México.

Véase, pues, los elementos que constituyen la poblacion de Tejas, no son aptos para producir una nacionalidad compacta, sino que antes bien, se chocan y destruyen reciprocamente.

En cuanto á su ejército, en el dia se compone en gran parte de voluntarios norte americanos, animados del espíritu aventurero que los caracteriza, llenos de valor personal, pero careciendo de la fuerza que dan la organizacion y la disciplina, como llevados del cebo de la ganancia. El último mensaje de presidente Houston descubre la situacion del ejército en cuanto á sus necesidades físicas mal atendidas, si bien lo supone animado de un grande entusiasmo guerrero. La armada no está en mucho mejor estado, aunque se considera que está generalmente servida por buenos oficiales. Pero la que se halla en un estado deplorable es la hacienda de Tejas, habiendo salido fallidos los esfuerzos por contratar un empréstito en Europa sobre que tanto se ha trabajado y minado en estos últimos años. Sin embargo, ya en fines de 1840 era de seis millones de pesos la deuda pública en Tejas; tiempo en que ofrecia tomar sobre sí 5 de la deuda pública de México, en cambio de su reconocimiento. Las rentas de Tejas, se forman de los productos de las aduanas y de las ventas de tierras; pero co-

mo el gobierno se ve obligado á recibir en pago su papel, casi es este un valor imaginario. En un estado publicado en un periódico oficial de Tejas, en 1º de Septiembre de 1841 se vé, que el total producido de las aduanas en los quince meses anteriores, por derecho de esportacion y de consumo, era de 313,196 pesos, de los cuales deducidos los gastos de recaudacion, quedaba un líquido de 180,057.

La religion no es el brazo mas fuerte de los que unen á los tejanos. Hablando de ella, dice un autor tejano: "nuestro credo pesa sobre nosotros con la misma ligereza que el aire..... hay un solo punto en el que todos convenimos que es en *protestar*, de donde nos ha venido el nombre; pero estamos tan divididos en partidos, que el todo se halla reducido á un polvo imperceptible." Sin embargo, este autor pondera la moralidad de sus paisanos, y la ensalza sobre la de los mexicanos.

Las leyes civiles y criminales por las cuales se gobierna Tejas, son en general, las inglesas, con las modificaciones que sobre todo en las segundas, ha tenido por oportuno hacer. Las leyes administrativas son con las mismas modificaciones las de los Estados-Unidos.

Si todas estas consideraciones se hubieran tenido presentes, la campaña sobre Tejas se habria preparado y conducido de otra manera que hubiera sido indudablemente gloriosa á nuestras armas. Nosotros lo decimos con dolor pero con sinceridad y precisados del deber que nos hemos impuesto porque "*para que la histo-*

*ria sea una leccion útil dada á todo el género humano, como la definen los sábios, debe hacerse ver en ella como han influido los sucesos en nuestra suerte actual buena, ó mala, si buena, para que fomentemos las causas de nuestra prosperidad; si es mala, para que evitemos los errores que á ella nos han conducido."*



BIBLIOTECA ALFONSO X